



AMÉRICA

La camiseta de Óscar

César Fernández García



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006, César Fernández García

© 2006, Editorial Casals, S. A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambuamerica.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustraciones interiores y de la cubierta: Pedro Espinosa

Primera edición en rústica: diciembre de 2013

ISBN: 978-84-8343-298-3

Depósito legal: B-25211-2013

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Varias pistas para Claudia _____	9
Buscando en el cementerio _____	25
Una caseta misteriosa _____	39
Extraños hallazgos _____	53
Explicaciones _____	65
Una sorpresa muy especial _____	81

VARIAS PISTAS PARA CLAUDIA

Cuando los vi a mi lado, me tembló hasta la gorra.

Aquellos dos cabezas rapadas también esperaban que el semáforo del Paseo de los Melancólicos se pusiera en verde. Llevaban la camiseta roja de su equipo. El alto, de espalda ancha, tenía pinta de ser físico-culturista. Y las manos del otro eran enormes, tanto que sólo con una podría agarrar mi cuerpo y...

Cerré los ojos y tragué saliva. Mi vida corría peligro.

–Claudia, eres tonta –me dije.

Al darme cuenta de que lo había dicho en voz alta, me mordí los labios. Lo mejor era no moverme, que no notaran mi presencia.

¿Por qué tuve que ponerme la camiseta amarilla?

Fue una estupidez. Podrían atacarme. Les da lo mismo que seas una niña. Para ellos sólo eres del equipo de fútbol enemigo al suyo. Seguro. Por lo menos, mi mochila tapaba el 8 de la espalda. Ese es el número de la camiseta de Óscar, el jugador al que más detestan. Precisamente porque es el mejor, el mejor del mundo.

Abrí los ojos. El semáforo seguía mostrando ese muñeco rojo para los peatones. Por favor, ¿es que nunca iba a ponerse verde? Resoplé.

—Ponte verde, ponte verde, ponte verde, ponte verde, por favor —supliqué al semáforo. No me hizo ni caso.

Al cabo de unos segundos, que me parecieron un invierno, miré de reojo a los cabezas rapadas. Ninguno de los dos se había fijado en mi camiseta. Gesticulaban con exageración, aunque intentaban no hablar alto.

—... tumba... —me pareció escuchar. Sentí un escalofrío que ascendía por la espalda, como si aquella palabra subiera por mis huesos.

Busqué con los ojos los cipreses que, a lo lejos, sobresalían de las tapias del cementerio de San Isidro. Desde el semáforo del Paseo de los Melancólicos se veían sus copas delgadas como lapiceros.

Mis pies no se me movieron del sitio. Pero creo que mi oreja, sin que yo lo pudiera evitar, se acercó a ellos.

–¿Y cómo se te ocurrió? –preguntó el más bajo.

–¿Qué mejor sitio que una tumba? Pues eso... La poli no nos puede atrapar con ninguna prueba encima.

–Y al final, ¿cuánto dinero nos llevaremos?

–Un millón de euros. No suena mal, ¿eh?

Por fin el muñeco verde se encendió para los peatones. Aquellos dos cabezas rapadas echaron a andar. Hasta que no tomaron algo de ventaja, no avancé ni un paso. Los observé. Manchas de barro ensuciaban, por detrás, la camiseta roja de su equipo. Iban en mi misma dirección: hacia el Gran Capitán, mi cole. Bueno, claro, ellos se dirigirían a otro sitio. Eran demasiado mayorcitos para ir a Primaria.

–¿Qué era eso de la tumba? ¿Una broma? Sí, seguramente. Pero ¿por qué habían nombrado a la policía? Eso lo dijeron en serio. Lo del millón de euros también.

Aunque todavía no eran las nueve de la mañana, ya hacía un calor agobiante. Mi camiseta estaba húmeda. Óscar, mi jugador preferido, siempre dice en las ruedas de prensa: «¡Los campeones sudamos la camiseta!». Aunque supongo que no se refiere a mojarla por el calor de junio, ni mucho menos por el miedo.

Óscar, que por la tarde jugaría un partido de la Liga de Campeones, es más que mi jugador preferi-

do. Es mi ídolo. Me gusta tanto... Y no sólo su forma de jugar. También su forma de vestir, de hablar... Por supuesto, llevo su misma gorra roja todos los días, con la visera para atrás como él. Y, claro, su camiseta amarilla, con el número 8 en la espalda. Mi padre, aunque lleva varios meses sin ganar un euro, me la regaló tras mi operación de oído. Se quedó en la quiebra pero, cuando el cirujano le dijo que todo había salido bien, se fue corriendo a la tienda oficial del equipo y me la compró.

También desayuno los yogures que Óscar anuncia en la tele y colecciono todas sus fotos que salen en los periódicos, sus pósters en las revistas. Incluso me he dejado una coleta larga como la suya para parecerme más a él. Aunque ya me parezco bastante: los dos somos bajitos, morenos, delgados... Bueno, delgados pero fuertes... y ágiles, muy ágiles.

Por cierto, aquellos dos cabezas rapadas tampoco eran unos debiluchos precisamente. Más bien parecían orangutanes vestidos con camiseta roja y jeans.

Tomé aire hasta llenar los pulmones. ¿Qué hubiera hecho Óscar en mi lugar? Pues, seguirlos y, si se enteraba de algún delito, actuar.

Si yo quería ser como Óscar, tendría que portarme como él. Pero, claro, yo sólo era una niña y no un

campeón de fútbol. Entonces recordé que llevaba en el bolsillo el viejo celular que mi madre me había dado. Bueno, si me acercase a ellos y escuchase un plan de robo o algo así, podría llamar a la poli... Me haría famosa. La televisión y los periódicos hablarían de mí. Mi valentía llegaría a oídos de Óscar. Y querría conocerme. Y nos haríamos amigos...

Como se habían alejado algo de mí, comencé a andar a paso ligero.

Les di alcance cuando llegaban a la esquina de mi cole. Me coloqué a menos de un metro de ellos y ajusté mi paso al suyo, pero de puntillas. Me llegó su olor. Ésos no se habían duchado en una semana por lo menos. ¡Qué sucios! Hasta me pude fijar en la serpiente tatuada en rojo y azul que los dos llevaban en el antebrazo. Tenía la cola levantada y sacaba la lengua. Era el símbolo de su equipo; el del mío es un león rugiendo. Pero, vamos, mi mamá me mata si me ve con un tatuaje, aunque sea pequeño y en el tobillo. Siempre me repite que los tatuajes son peligrosos.

Seguían cuchicheando. Me quité el sudor de la frente y, acercándome todavía más, escuché:

—... y hemos quedado con ellos a las siete, ¿no?
—dijo el más bajo.

—¡Qué sí, que sí! A las 7, en la salida.

—¿Y ya está? —preguntó con cara maliciosa.

Su compañero, en lugar de responder, se giró bruscamente y me pilló escuchando.

—¡Eh! ¿Tú qué haces?

Hincó sus dedos en mi camiseta, tirando hacia sí. Entre sus dientes amarillos se escapaba un asqueroso aliento (creo que a cebolla). El otro también iba a agarrarme, cuando una sirena de policía sonó detrás de nosotros. Un auto dio un frenazo espectacular a nuestro lado y bajaron tres agentes uniformados gritando:

—¡QUIETOS! ¡ESTÁN DETENIDOS!

El cabeza rapada dudó unos instantes qué hacer conmigo. Pero enseguida me soltó. Sacó de su bolsillo un papelucho, lo arrugó hasta convertirlo en una pelota y lo lanzó a un contenedor de escombros que teníamos al lado. Echó a correr detrás de su socio, hacia el puente de San Isidro. Uno de los policías se volvió a meter en el auto, mientras que los otros dos perseguían a los cabezas rapadas a grandes zancadas. Con la sirena chillando rabiosa, el coche arrancó violentamente para ir también tras ellos.

Presencié la persecución sin moverme del sitio. Los dos policías, que cada vez corrían más deprisa, iban reduciendo distancia poco a poco. El auto adelantó a los fugitivos y, casi al final del puente de San Isidro, dio un volantazo para cerrarles el paso. Los

rapados se tuvieron que parar en seco pero, en lugar de darse por vencidos, se subieron al capó del auto. Desde ahí saltaron al suelo y reanudaron la carrera.

Los dos agentes que les seguían corriendo hicieron lo mismo y, poco después, consiguieron arrojar-se sobre ellos. Los delincuentes se resistieron en el suelo pero, con la ayuda del policía que salió del auto, fueron detenidos. Un grupo de curiosos se acercó a presenciar la escena y, como formaron un círculo, ya no pude ver más.

¡Vaya comienzo de mañana! No todos los días me pasa algo igual antes de entrar al cole. En fin, me ali-sé la camiseta con la palma de la mano y me quité un momento la gorra para abanicarme con ella. ¡Pufff!

Sentí que el papel que había arrojado el cabeza rapada me estaba esperando. ¿Sería alguna prueba del delito cometido? Llegué al contenedor de escombros con sólo tres o cuatro pasos. Pero no era tan fácil encontrarlo. Había cristales rotos por cada rincón. Sobre los restos de ladrillos y sacos con cables, unos cuantos espejos rajados habían dejado todo cubierto de cristales, que me desafiaban: ¡cualquiera metía la mano! Busqué por el extremo opuesto del contenedor.

Tuve que subirme sobre unos sacos de arena que había fuera para mirar mejor. Al final, localicé el pa-



902 20 3020



KONTA

Bet. 3a
piedra roja
de la tumba
06060609,
6024

pelucho, hecho una bola, junto a unos tablones de madera astillada. Con sólo introducir dos dedos, logré agarrarlo de una pequeña punta que le sobresalía.

Cuando deshice la pelota de papel, me encontré con el dibujo de una serpiente. Era el mismo símbolo que los cabezas rapadas llevaban tatuado en el antebrazo. Ese bicho sacando la lengua y con la cola levantada. Por detrás, escrito a lápiz:

Cet. 3.^a piedra roja de la tumba
060606096024

Tumba. Otra vez la palabra *tumba*. Cuando la oí en el semáforo, pensé que era una broma. Pero bien pensado, esa gente no se anda con bromas, ni respeta los cementerios. Mucho menos con lo de un millón de euros, con lo de la policía... ¿Qué explicación podría tener todo eso? Pues... pues... Seguramente habrían robado el dinero y lo habrían escondido al lado de esa tumba, bajo tierra quizás. ¿El número? Tal vez el teléfono de un país extranjero con muchos dígitos. Saqué de mi bolsillo el celular y marqué el número. Una voz grabada me aseguró: «el número marcado no existe».

Recordé, eso sí, que habían quedado a las 7 en la salida. Pero ¿la salida de dónde? Y... ¿para qué? Qui-

zás para repartir el dinero de algún robo con otros. Sí, ésa era una buena explicación.

Con los cabezas rapadas detenidos, el millón de euros estaría junto a la lápida, esperando ser desenterrado. Pues bien, ya lo dice Óscar: «Los campeones sudamos la camiseta». Yo misma podría recuperarlo y entregárselo a la poli. ¿Por qué no? Óscar lo haría así.

Sentí un calambre helado que me subía despacio desde los pies hasta el cuello, abriéndose paso entre el calor del cuerpo. Imaginé mi foto en la primera página de un periódico, junto a esta noticia:

**UNA NIÑA, CLAUDIA GÓMEZ, DESENTIERRA JUNTO
A UNA TUMBA UN DINERO ROBADO**

Arganzuela. C.F.B.

Tras asaltar un banco, una banda de peligrosos cabezas rapadas había escondido un millón de euros en el cementerio de San Isidro. Claudia, con la pista que le dio un papel que perdieron los ladrones, entró sin miedo al cementerio y localizó la lápida, junto a la cual habían ocultado el botín. Un simple palo le sirvió para desenterrar la bolsa que contenía el dinero. A continuación, entregó el botín a la policía en la comisaría de Arganzuela, calle Palacio Valdés, n.º 34.

El alcalde de la ciudad piensa dedicarle el nombre de un parque para recompensarla por su valentía y generosidad. Óscar, el famoso jugador de fútbol, ha declarado que le encantaría conocer a una chica tan especial.

Me entusiasmó la idea, pero faltaban dos minutos para la primera clase. Yo no podía ir, en ese mismo momento, a por el botín robado. Pero en el recreo sí. Claro que sí.

Creo que entré al Gran Capitán hablando entre dientes porque Javier, el conserje, se me quedó mirando como si hubiera visto a un dinosaurio. Aunque también es posible que se hubiera fijado en la serpiente del papel que llevaba en mi mano. Como él es de ese equipo, le llamaría mucho la atención. Incluso no me extrañaría que llevara ese mismo tatuaje en alguna parte de su cuerpo. No me extrañaría nada. En la espalda, por ejemplo.

Al pasar a mi aula, comprobé que no había llegado don Sebas, ni siquiera la mitad de mis compañeros. Pero mi primo Iván ya estaba sentado en su sitio, es decir, a mi lado. Y, por supuesto, pintarrajeando en su cuaderno. Es un pesado con lo de la pintura, siempre está dibujando, retratando a los profes, inventándose animales fantásticos... No lo

entiendo. Está obsesionado. Supongo que, por eso, desaprueba tantas asignaturas. Apenas estudia; todo el tiempo pintando... Su padre, que murió cuando él tenía uno o dos años, fue un gran pintor. Su madre también pinta. Incluso ella ha animado a su hermana, es decir, a mi madre, para que le ayude a enmarcar sus cuadros y venderlos.

–¡Hola! –dijo sin levantar los ojos del cuaderno.

El aliento le olía a fresa. No deja de comer caramelos de fresa. Así está tan gordo. Pero es listo...

Y me podría ayudar a recuperar el dinero.

–¡Hola! –respondí y agité el papelucho de los cabezas rapadas, delante de sus narices.

–¿Qué es eso? –me preguntó en cuanto vio la imagen de la serpiente.

Ya se lo iba a contar, cuando me di cuenta del dibujo que Iván estaba haciendo: ¡mi retrato!

–¡Soy yo! –exclamé sentándome en mi sitio.

Iván sonrió.

–¿Te gusta?

Era horroroso. Bueno, no. Yo estaba bien dibujada, pero no me gustaba nada. Me había pintado del mismo modo en que iba vestida... ¡en la boda de su hermano!: con un lazo en el pelo y una falda rosa y espantosa. Con zapatos. ¡Qué vergüenza! Parecía una niña cursi.